

bió como justificación de su propia carrera política, y su estado de ánimo es un reflejo de la ideología que motivó el movimiento de independencia de América.

El prefacio va suscrito por Max Enríquez Ureña, quien explica el carácter de los episodios, lo que corresponde al genio poético del autor y a la verdad histórica en este relato, en que el héroe, descendiente de uno de los jefes indígenas de la región del Jaraguay, es educado por los frailes de Vera Paz y bautizado con el nombre de Enrique. Atendido solícitamente en su infancia por don Francisco de Valenzuela, Enriquillo, una vez muerto su protector, queda sometido a las arbitrariedades del disoluto Andrés de Valenzuela. y, perdida toda esperanza de reparación, se declara en protesta armada, fijando su cuartel general en las montañas de Bahoruco. hasta que, en 1533, Carlos I de España le concede derecho a escoger una región donde vivir con sus vasallos y bajo su ley privativa.

El traductor del *Enriquillo*, Robert Graves, profesor honorario de la Universidad de Cambridge, ha tenido que vencer numerosas dificultades para adaptar al temperamento inglés el estilo isabelino. las emociones liberales y las cualidades de Manuel de Jesús Galván. Tramas y complicaciones de la novela, la descripción de los caracteres, que resultan graciosos en español, han obligado a una matización detenida al ser puestos en la lengua de Shakespeare, y ello ha sido posible porque el traductor vivió más de veinticinco años en España y en constante comunicación con nuestras letras.

En el fondo—según Max Enríquez Ureña—, el libro representa un paso hacia la apreciación verdadera y reivindicadora de la misión de España en América, sin obviar responsabilidades. El choque entre aborígenes y conquistadores se presenta con imparcialidad.

El programa de las traducciones de las obras hispanoamericanas fué iniciado por la Unesco en 1946, y en el mismo participa la Organización de los Estados Americanos, a los efectos de favorecer la comunicación intercultural.

C.

HOMENAJE DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID A DON JOSE ORTEGA Y GASSET

Fué una gran fiesta del espíritu y de la inteligencia. Catedráticos, profesores y alumnos (entre ellos algunas religiosas) se apiñaban en el alegre paraninfo de la Facultad de Filosofía y Letras

de la Universidad de Madrid para escuchar a seis profesores y a un estudiante hablar sobre el que fué catedrático de aquella Facultad, José Ortega y Gasset, y sobre su incorporación al pensamiento y a la literatura universal.

Fué un regalo para la sensibilidad y un ejemplo de libre sinceridad, a la altura y con el rigor impuestos por el escenario y por los actores. Y cada uno dijo lo que, en servicio fiel a la verdad, creyó que debía decir.

Unas palabras del decano de la Facultad, señor Sánchez Cantón; palabras de gratitud por haber elegido aquel lugar para el homenaje. “Al honrar al que fué uno de sus más ilustres maestros—dijo—, la Facultad se honra a sí misma.”

En seguida, una representación de los alumnos: el estudiante de quinto curso don Lucio García Ortega contó cómo para muchos de ellos el primer encuentro con Ortega ha sido una aventura personal, y cómo las generaciones universitarias de hoy consideran al maestro no como un político, sino como un hombre, un humanista y, además, como un magnífico espectáculo, que ha sabido presentarse y representarse. Y ¿quién dice que la verdad está sólo en el sistema?

EVASIÓN DE LA MODERNIDAD

Del discurso del catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid, don Angel González Alvarez, heredero docente de don José Ortega, copiamos a continuación sus párrafos más esenciales:

“Cuando los restos mortales fueron devueltos a la madre tierra, y el resto inmortal, en el abandono del tiempo, logra la eternidad, se nos fué el hombre, dejándonos como legado y herencia el nombre que, sobre el basamento de la obra realizada, adquiere los perfiles nítidos de una singular concreción.

”Que no falte en el día de la alabanza ni una corona de laurel para el lugar de su cuerpo, ni una oración que cobre trascendencia de eternidad para el estado de su alma.”

Después de describir el cuadro de la modernidad filosófica, afirmó: “Por fortuna, entra en escena Ortega. Nadie en mejores condiciones que él para salvar del naufragio lo que está en trance de perecer inevitablemente. Sólo de la filosofía, que es faena cultural, podremos esperar la salvación de la cultura.

"Ortega, con su filosofía de la vida, pretende lograr la superación del idealismo y del realismo, del personalismo y del relativismo.

"Debemos gratitud a nuestro colega universitario por su espléndido esfuerzo en vistas a lograr la reinserción de las estructuras culturales en su núcleo empírico vital. Pocas hazañas tan claras en la historia del pensamiento europeo como la formidable debelación orteguiana de la beatería de la cultura. La filosofía de la vida es el embate español más rotundo, dentro del estilo y las exigencias de un pensamiento ametafísico, a todo filisteísmo de la cultura.

"Así, reconocida en su fundamental significación, la filosofía orteguiana se nos muestra hermética al ser y sin posibilidad de elaborar una ontología. Las direcciones más prometedoras del pensamiento actual, nacidas de la misma circunstancia histórica e impulsadas por análogo intento de superación, pretenden realizar esa tarea de un modo diferente. Justamente revelan una decisión ontológica, esto es, pretenden una especulación sobre el ser. Este es el punto más sugestivo y visible de los grandes pensadores alemanes actuales. Enlazan así con la temática de la gran tradición y se acercan a sus puntos de vista sobre los problemas fundamentales.

"La filosofía europea que en la actualidad se está gestando se libera ya de la modernidad, y nos ofrece un futuro prometedor en retorno a la metafísica. Para la filosofía actual, la tradición es el futuro. Quede aquí nuestro testimonio de gratitud para quien, al concentrar en sí la modernidad, nos pone en trance de evadirnos de ella. Estoy firmemente convencido de que una escolástica orteguiana destruiría lo mejor de Ortega, privaría a España de la incitación al futuro y la agostarían en un pretérito superado."

LAS LECCIONES DEL MAESTRO

Después, otro catedrático de la misma Facultad, Emilio García Gómez, viejo amigo y discípulo de Ortega, con palabra fácil y anécdotas a flor de labios, recordó el tiempo de su juventud universitaria, hace treinta años, y evocó a los maestros Asín, Ribera, Ballesteros, García Morente. "Si algo os deseo—añadió—es que encontréis por lo menos uno que os arrebate, como a mí me arrebató, dentro y fuera de las aulas, don José Ortega y Gasset." Señaló

cómo el maestro nos ha dejado varias lecciones: la del trabajo, la del modo de interpretar la tradición, la tolerancia, su capacidad de desdén, su optimismo, su sentido de la convivencia, su desinterés y su ejemplaridad. Y todo ello sin sueldos oficiales, sin tratamientos, sin bandas y sin cruces.

ORTEGA Y EL DERECHO

Luego, un catedrático de la Facultad de Derecho, el jurista Joaquín Garrigues, un poco como el contrapunto de los restantes oradores, pues, como el mismo confesó, no era amigo de Ortega, ni discípulo y ni siquiera se había distinguido en las disciplinas filosóficas. “Sin embargo—dijo—pude extraer espléndidas lecciones y enseñanzas de Ortega sobre la Universidad y el universitario. Enseñaba dentro y fuera de la Universidad—nos decía Garrigues—y era una especie de cátedra ambulante. Vivía plenamente la Universidad, y frente a ella tuvo dos preocupaciones: no incurrir en un exceso de enseñanzas ni en un predominio de la investigación científica.”

Otra acotación interesante hizo Garrigues sobre el Derecho en la obra de Ortega, e incluso leyó una carta personal del maestro, en la que exponía sus pensamientos sobre el Derecho romano. El Derecho no era para Ortega la filosofía jurídica ni la jurisprudencia, sino la realidad jurídica vivida por cada ciudadano. Finalmente, Garrigues dijo esta hermosa frase, que recogemos en su esencia, ante la imposibilidad de hacerlo literalmente: “Yo, que me he pasado muchos años pidiendo a los demás el cumplimiento de la justicia, vengo a ser protagonista de un acto de estricta justicia”, y aludió, finalmente, a las causas del alejamiento universitario de Ortega, “causas que sería penoso y desde luego imprudente querer analizar, y que hoy quedan empequeñecidas ante la gran causa por la que Ortega llega de nuevo a la Universidad: la causa de su muerte”.

SABIDURÍA, PATRIOTISMO Y AUSTRERIDAD

Después, le tocó el turno a la Facultad de Medicina, representada nada menos que por Gregorio Marañón. La significación de este homenaje es trascendental—comenzó diciendo—porque no sólo

se honra la memoria de un hombre ilustre, sino que el Estado cumple una obligación de honrar a los más altos valores de la patria, cualesquiera que sean las diferencias o las afinidades que con ellos haya tenido. En otro caso, habría resentimiento. No hablo del derecho a la crítica, que en mí, que soy liberal, es un sagrado derecho, sino del entusiasmo que debe suscitar en nosotros cualquier gran hombre, aunque sea de distinta ideología.

Habló Marañón de los tres entorchados universitarios: catedrático, profesor y maestro. Este último es la cumbre, y consiste no sólo en enseñar, sino en darse al discípulo. La ejemplaridad de Ortega—dijo también—está en su sabiduría, su patriotismo y su austeridad. En cuanto al patriotismo, dijo que la vida y la obra de Ortega están impregnadas de españolismo o, mejor aún, de ibe-rismo. Quería dar a España el sentido universal que por su tradición le corresponde.

UNA ESPAÑA IDEAL

Terminó el acto—dos horas largas de fiesta intelectual—con un discurso del rector Pedro Laín Entralgo. Un discurso como todos los suyos, lleno de sinceridad, de originalidad y de buen decir, y sumamente difícil de extractar.

Comenzó explicando que este acto se realiza con un cierto retraso, porque tanto él como el decano quisieron que Ortega y Gasset hubiera vuelto, aunque fuese solamente por unas horas, a su viejo hogar para que los universitarios de Madrid le mostrasen su agradecimiento. El rehusó, y hubo de esperarse hasta ahora, cuando entre el acto que se pensó y este que se realiza se ha interpuesto ya su muerte, imprevista e irreparable.

¿Qué sentido—se pregunta—puede tener el homenaje de una Universidad en la cual el festejado no quiso estar presente? ¿Qué justificación tiene el homenaje a la memoria de un hombre cuyo magisterio intelectual piensan algunos que debía ser olvidado por los españoles?

A la primera pregunta, Laín contesta que la Universidad responde así por boca de su rector: “Por lo pronto, indicaré que nosotros hemos comprendido siempre las razones de esta ausencia última de Ortega, aunque nunca nos hemos resignado a aceptarla. La Universidad quedaría incompleta si renuncia a la obra del filósofo.

La segunda interrogación ha sido formulada por algunas perso-

nas, y es forzoso reconocer que hay, entre ellas, hombres de buena intención y grave responsabilidad espiritual. Como respuesta, hay que señalar que el objeto propio de nuestra actividad como universitarios son las ideas. Y una España ideal, para nosotros, es aquella en que, a la sombra de la verdad de Cristo, pudiera convivir el espíritu de Santo Tomás con el de Ortega y Gasset, por citar al que ahora festejamos; el del padre Arintero, con el de Antonio Machado; el de San Ignacio, con el de Unamuno, y el de Menéndez Pelayo con el de Ramón y Cajal, con aquella magnanimidad mental que Menéndez Pelayo aprendió y en la que tan poco le siguen los que se dicen sus seguidores.

Una España así configurada, una España ideal al servicio de la cual quisiéramos que se configurase la Universidad. Y por todo lo que Ortega ha dado a esta idea de España, celebramos y agradecemos su egregio magisterio.

¿Prosperará esta idea de España y de la Universidad hasta informar las cosas visibles? ¿Será, con la obra, con la actitud, con el esfuerzo de los demás, reconocido el puesto de Ortega en esta obra?

No lo sé. Pero sí sé, y sabéis vosotros, que es muy posible que el muerto pueda seguir viviendo en nosotros en lo mejor de su vida. Que las virtudes intelectuales del mejor Ortega sean en vosotros esencia viva. Esto es lo que nos atrevemos a pedir a Dios, que le habrá juzgado según su infinita sabiduría divina, y no según nuestras parcialidades humanas.

Si eso ocurre, este acto habrá tenido pleno, entero sentido”.

MANUEL CALVO HERNANDO

CATOLICOS EN HISPANOAMERICA

En un volumen consagrado a la política internacional del decenio 1944-1954, Tibor Mende rotulaba un trabajo del modo siguiente: “L’Amérique Latine: spirale ou cercle vicieux?” (1).

Ciertamente, hay margen para amplias tonalidades dialécticas en

(1) Véase *Dix Ans d’Histoire du Monde, 1944-1954*, Julliard, cuarto trimestre de 1954, págs. 76-84. *Deo volente* lo comentaremos en otra ocasión.